Resumen de Jacques Nassif, publicado en *Lettres de l'École Freudienne de Paris*, Nº 2, Abril-Mayo de 1967

— El 18 de Enero de 1967 — Seminario en la Escuela Normal Superior.

Introducción

La alienación es, en lo que yo les expongo, el punto-pivote; ella permite ver en qué Freud cumplió un paso decisivo por el descubrimiento de un pensamiento que no es "yo" {*je*} — pero en función de ese Otro que yo designo como siendo el lugar de la Palabra y que Freud, en referencia a una preconcepción en lo concerniente a las relaciones del pensamiento con lo real, situaba como una "escena", más acá de toda articulación lógica.

Ahora bien, la lógica a la cual Freud hace referencia, para decir que el pensamiento no aplica sus leyes, se funda sobre un esquema de la adaptación a la realidad. Por otra parte, el sujeto no se constituye sino en tanto que ese real está ya enteramente saturado por el lenguaje y sus poderes. Es por esto que tenemos que llevar nuestra interrogación más adelante.

Pero, si está claro que es la relación del pensamiento con el ser lo que está en cuestión en la marcha de Freud, no está menos claro que es en un pensamiento determinado por el paso decisivo del *Cogito* cartesiano que viene a inscribirse lo que él aporta.

I — El sujeto del *Cogito* y el recurso al Otro

Ahora bien, sabemos bien, como está escrito con todas las letras en las *Regulae*, que, si no se completa con un: *Sum, ergo Deus est*, el *Cogito* no es sostenible. Descartes remite por lo tanto a cargo del Otro las consecuencias decisivas de ese paso, las cuales, históricamente, se leen en una serie de contradicciones.

La menor no es seguramente que el descubrimiento newtoniano, lejos de implicar un espacio *partes extra partes*, da a la extensión por esencia el tener precisamente cada uno de sus puntos unido por su masa a todos los otros. Ahora bien, el descubrimiento freudiano viene a inscribirse como la otra cara de esta contradicción, puesto que, correlativamente, la "cosa pensante", lejos de ser un punto de unificación indefectible, lleva al contrario la marca de la fragmentación, la cual se demuestra de alguna manera en todo el desarrollo de la lógica moderna, desembocando en hacer de la *res cogitans* no un sujeto, sino una combinatoria de notaciones.

Freud aporta aquí su contribución al mostrar las consecuencias del funcionamiento efectivo de este pensamiento para el sujeto patológico, en el sentido en que lo entiende Kant. Dice en efecto que el sujeto sufre del pensamiento, en tanto que lo reprime. El carácter fragmentante y fragmentado de este pensamiento reprimido es lo que nos enseña nuestra experiencia cotidiana que no sé qué mitología grosera y deshonesta llega a presentar como nostalgia de una unidad primitiva en la experiencia de satisfacción. Es justamente al restablecer al Otro en el único estatuto que valga, el del lugar de la palabra, o más precisamente el del lugar donde el aserto se plantea como verídico, que cada cosa en nuestra experiencia analítica puede retomar su justo lugar, en la medida misma en que ese lugar no tiene ninguna otra especie de existencia.

Son las matemáticas las que nos permiten articular mejor esta no-existencia que no puedo decir, pero que puedo escribir, en tanto que el recurso al Otro corresponde en ese campo a un empleo limitado de ciertos signos (es el axioma de especificación) y a la posibilidad del vaivén entre lo que es establecido y lo que es articulado. Ahora bien, yo no entiendo nada diferente cuando escribo S significante de A barrado $\{S(\not{A})\}$, designando así que toda la dialéctica del deseo y la red de es-

critura que ella forma se cavan en el intervalo entre el enunciado y la enunciación.

Es por tanto a nivel del estatuto de este Otro que yo debo establecerme cada vez que se articula algo que forma parte del campo de la palabra; y esto, que es bastante evidente para el *Cogito*, que se funda en el recurso al Otro, se muestra ya claramente en el argumento de San Anselmo, que importa saber leer.

Lejos de decir que basta con que la idea del ser más perfecto exista, para que este ser exista, él se dirige a "el insensato (que) dice en su corazón: no hay Dios", para hacerle observar que si se siente con el derecho de tener esta idea para demostrar que el ser que le corresponde no existe, no demuestra nada más que la impotencia del pensamiento. Pues si este ser existiera, la idea en tanto que tal del Existente más perfecto seguiría siendo una idea que no implica la existencia. Este Otro, en nuestra época, nadie cree más en él. Filosóficamente, es insostenible todo lo que se fundaría sobre una forma cualquiera de su existencia.

Es por esto que todo se reduce, en el alcance del *Cogito, ergo sum*, a lo siguiente: que el "yo pienso" produce sentido, pero exactamente de la misma manera que cualquier sin sentido, con tal de que sea de una forma gramatical correcta. Igualmente, al considerar estrictamente el alcance lógico de toda operación de lenguaje, podemos decir que su efecto fundamental y seguro es *la alienación*, a propósito de la cual no hay que comprender que con ella nos sometemos al Otro, sino al contrario que nos damos cuenta de la caducidad de todo lo que se funda *solamente* sobre ese recurso al Otro, del que en definitiva no puede subsistir más que lo que toma la forma de un razonamiento por recurrencia.

II — La ausencia del sujeto

No es indiferente que el Sr. Wittgenstein intente articular lo que resulta de una consideración de la lógica, tal que la misma pueda prescindir de toda existencia del sujeto; pero para nosotros, freudianos, es en el nivel de la estructura gramatical del lenguaje que esta ausencia del sujeto es más manifiesta.

Es solamente en un mundo de lenguaje que “Un niño es pegado” tiene su valor-pivote o que la función dominante del “yo quiero ver” deja abierta la cuestión de saber desde dónde y por qué soy mirado. Es por lo tanto sólo la estructura gramatical la que da su campo completo y ordenado a lo que viene a dominar cuando Freud tiene que hablar de la pulsión. En efecto, son estas estructuras gramaticales las que dan su ley a la función del deseo del que nada puede ser dicho, sino que el sujeto en su queja no se reconoce en él, no lo asume — el estatuto del lenguaje mostrándonos el pensamiento en el nivel en que no es “yo” {*je*} el que piensa.

Ahora bien, este pensamiento que tiene el estatuto de los pensamientos del inconsciente implica lo siguiente, que no puede decir ni “por lo tanto yo soy”, ni “por lo tanto yo no soy”. En efecto, el sueño, nos dice Freud, es esencialmente egoísta; y, por consiguiente, en todo lo que presenta un sueño, tenemos que reconocer la instancia del *Ich* del soñante, bajo una máscara, lo que implica en retorno que no está allí presente sino porque allí no se articula como *ich*, o, porque estando en todos los significantes del sueño, está allí absolutamente disperso.

¿Cuál es entonces el estatuto que queda a los pensamientos del inconsciente? Seguramente ningún otro que el de ser cosas; pero esas cosas tienen aquí el sentido de asuntos que encontrándose son tomados en ese juego que constituye la función del reenvío. En consecuencia, no hay más que remitirse al capítulo VI de la *Traumdeutung* sobre «El trabajo del sueño» para darse cuenta de que los pensamientos del sueño no tienen sentido más que por relación a una lengua, leyéndose y articulándose el *rébus* a partir de ese juego gramatical. Esta lectura permite reconstruir esas funciones gramaticales que se presumía que el sueño había eliminado y además esas funciones lógicas de la negación y de la conjunción que se presumía que el inconsciente no tomaba en cuenta.

En resumen, la legitimidad de la lógica del fantasma es aquello a lo cual todo ese capítulo de Freud nos prepara. Ahora bien, esta lógica, exigiendo este soporte del lugar del Otro, tal como lo hemos articulado, no puede comprenderse más que a partir de un “por lo tanto yo no soy”, que nos permite cerrar el recorrido del cuadrángulo situado la

vez pasada y bloquear sus dos formas de alienación en un: “Tú no eres, por lo tanto yo no soy”.

III — El pensamiento y el sexo

Ahora bien, es esta fórmula misma la que se encuentra rechazada (*verworfen*) en el amor, reapareciendo en lo real bajo la forma de sus efectos más inoportunos. “Tú no eres más que lo que yo soy”: éste es el lenguaje del amor, que da su verdad a la primera fórmula.

Es por lo tanto una subversión la que hace de la *Bedeutung* — en tanto que la captamos en el momento de su amputación — el resorte que puede permitirnos reconocer en el sueño la función restablecida de la lógica. Vuestras dudas se desvanecerían al ver cómo Freud reintegra el juicio en el sueño, y muy especialmente en la interpretación de lo que se presenta como la laguna, es decir, las síncopas del relato. Lo que en efecto él demuestra como siendo estrictamente correlativo de esta carencia de los significantes, es precisamente el abordaje por medio del lenguaje de lo que cuestiona las relaciones con el sexo. Pues el sentido lógico de la castración reside en esto, que el lenguaje, en tanto que es él el que estructura al sujeto como tal, muy matemáticamente defecciona y reduce la polaridad sexual a un tener o no tener la connotación fálica.

Y podemos decir que ningún abordaje de la castración como tal es posible para un sujeto humano, sino en esta renovación que instaura el análisis, en la medida en que permite medir la distancia entre la alienación pura y simple, lógica, y la relectura de esta misma necesidad alienante en la *Bedeutung* de los pensamientos inconscientes. Esto permite al campo vacío que era el orden del sujeto en su: “yo no soy”, volverse un campo que puede llenarse con el fracaso de la *Bedeutung* para articular el sexo, lo que hace aparecer el menos φ.

Podemos por lo tanto decir que toda la distancia entre estas dos operaciones consiste en su campo de partida. Uno es el de la elección alienante, que he reconstruido como siendo el sentido verídico del *Cogito* cartesiano, sometiendo al sujeto en el “yo no pienso” a las dos pulsiones sadomasoquista y escoptofílica. El otro es lo que se manifiesta a partir de los pensamientos del inconsciente en lo que concierne a la ra-

dical inadecuación del pensamiento al sexo, a la cual hay que atenerse, bajo pena de ser víctima de aquello con lo que Freud amenazaba a Jung, a saber, “el río de fango del ocultismo”.

Ahora bien, nos queda por decir lo que hace pasar de un campo al otro, de la *Bedeutung* a la lógica y de la lógica al sujeto. La llamaremos “la operación verdad”, designando así que podemos encontrar la instancia de la castración en el objeto-núcleo alrededor del cual gira el estatuto del sujeto gramatical, ese objeto que puede ser traducido a partir de la inadecuación del lenguaje a la realidad sexual, en resumen, ese objeto *a* cuyo estatuto lógico vamos a poder definir.

traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE

para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES 29/09/09